

El Mercurio, Santiago, 28-X-1973, P.5.

OBRAS Y AUTORES:

692605

Juan Lorenzini: Presencia de Niño

por HERNÁN DE SOLAR

Poetas y prosistas miran a menudo hacia el niño que fueron y tratan de ver el mundo como él lo vio. Es una visión que rara vez reaparece. El escritor que evoca su pasado y llega a los días de su infancia tiene una sola posibilidad de no mentirse demasiado: ser todavía un niño. Suele ser difícil. El niño le hace al escritor una mala jugada: ha ido muriendo inadvertidamente y no resucita en el hombre. Es su venganza. Entonces el escritor, que conoce muchas tretas salvadoras, recurre a la que mejor le parece en tal ocasión: se inventa un niño, le da su nombre, lo colma de innumerables lugares comunes de la puericia, y crea un ser híbrido que en su cuerpo infantil tiene alborotada sangre de hombre.

Si él queda contento, porque le parece exacto su artificio, la verdad es que casi nunca engaña a los demás. El lector de una infancia literariamente evocada, ve en los ojos del niño la mirada de vidrio del muñeco, que se fija mucho, y en esa queda.

Pero a veces —siempre las mejores— el niño vive en el hombre. En tal caso, el poeta o el prosista puede mostrar —vivo, justo— el mundo que fue suyo. Y el lector reconoce su realidad. Es lo que sucede en este libro —“Presencia de niño”— que Ediciones Aconcagua le publica a Juan Lorenzini. El título concuerda con la obra. Hay una sola presencia que todo lo rige, ante la cual todo queda sometido: la presencia de un niño tierno, sensible, imaginativo, que en el mundo en que vive va creándose un mundo propio. Y lo hace porque ama ese mundo en que está. Andándolo, queriéndolo en cada cosa, en cada persona, lo hace suyo. Y lo guarda consigo a lo largo de los años, hasta hoy. Nada le cuesta, entonces, invitarnos a dar un paseo por él. Lo hacemos. Y nos hallamos en una infancia auténtica. No hay interés literario que ponga orden, limpie, embellezca, profundice. Basta la vida. La de un niño de limpia naturaleza que ha tenido en torno suyo un mundo bello y hondo cada día, cada noche. Es la magia de la infancia.

¿Cómo empezar a verla, a acercarla hacia la madurez que desea ponerla ante

nosotros en un libro? Juan Lorenzini entra en su memoria, va cruzándola con pie ligero, sin ruido, para no despertar imágenes que se interpongan. Quiere alcanzar hasta aquellas que son, seguramente, las primeras, las que necesita en su viaje por el tiempo. No deben aparecer ordeadas. Han de ser precisas, modestas, y estar desparrramadas en el espacio y en los años iniciales. Cuando vayan apareciendo se hará, ciertamente, imperiosa la necesidad de ordenación. Las cosas mismas se encargarán de tal faena. Poseen las condiciones para realizarla. ¿Cómo? El escritor —recuerde su propia vida o invente las ajenas— no posee sino un medio para que todo viva dentro de su orden correspondiente. Se trata, claro, de la palabra. Con ella van y vienen las cosas, hacen y mueren. Así, pues, Juan Lorenzini, con sumisión vital y literaria, acude a las palabras. Y ellas vienen en su ayuda. “Las mejores llaves son imágenes concretas —escribe— como braseo, caballo, perra, cerro, canal, puente, dos naranjos frondosos, una pequeña viña, un galpón con carretas, una vitrola de corneta, guitarras, enormes y complicados trinchas, un hueso gordo y riente, faja roja al cinto, una vieja gorda también, un señor cura, flaco como la virtud, un hombre alto y buenmozo que me estrechaba entre sus enormes brazos, y una joven mujer bonita y tierna, de grandes ojos negros, con párpados que alzaban y bajaban sus largas cortinas de seda”. Al final de la enumeración vemos que interviene de inmediato la ternura del enumerador: el niño que está listo ya para ensamblar su mundo —estira las palabras y las echa alrededor del cuello del padre y de la madre. Es lo justo.

Cada una de las palabras iniciales sustenta un recuerdo, una anécdota, un acto, cada una es una puerta que abre al mundo donde se va a entrar, cada una tiene importancia de punto de partida. Asoman los primeros caminos, que a veces se entrecruzarán, o irán berrándose, o llegarán a ser parte de una enredada que constituirá diversas salidas a nuevos rincones del mundo.

Junto a estas cosas, y a muchas otras que surgen —siempre oportunas—, están

las personas que rodean al niño. Todas nos son presentadas brevemente y en seguida se muestran como son, con sus gestos habituales, sus modos de pensar y de sentir, las conexiones entre ellas existentes, el lugar preciso que ocupan en el ámbito de un niño que está revelándonos su vida. Porque se trata de unas memorias. Y muy claras, auténticas.

En torno suyo, como luego alrededor de su adolescencia, las acciones ajenas se entretejen con las propias, y se forma una red, cada vez más densa, en que va cayendo un crecido grupo humano, una sucesión de paisajes, un incesante devenir. Ahí está la vida con sus cambios, sus repeticiones, sus esperas, sus llegadas y paradas.

Junto a este niño Juan se nos abre el campo chileno y nos acogen algunos rincones santiaguinos. Las descripciones son exactas, vivas. Tenemos ante nosotros el acontecer de toda vida humana: ser ella misma y estar en otras, en una convivencia no sólo con las gentes sino con las cosas.

En medio de este trajinar por unos pocos años hay una palabra que hace las veces de brújula. Es sencilla y hermosa. Amor. No hay mejor compañía que la suya.

Desde un principio, al niño Juan se le enseña que una vida plena, digna, verdaderamente de hombre, es la que el amor orienta y protege. Se oyen por ahí unas palabras que el tío Carlos —hombre sencillo, fuerte, bondadoso— le dice al niño Juan, que no las olvida. “...Porque yo le podría contar muchas cosas —le dice—. Hablarle de cómo es la vida, tan parecida en los chicos como en los grandes, y aun en los viejos. Se debían, sin mirarme, y seguía: En esta vida estamos para amar. Para amar las cosas, los animales, las personas. Hay quienes entienden la vida como un campo de batalla, donde se lucha para vencer, en eterna competencia y muerte”. Luego termina: “Eso está mal. No puede, no debe ser así. Aquí vinimos para amarnos”.

Palabras simples. No son nuevas. Siempre han estado junto al oído de la vida, que no ensordece cuando es sana.

Juan Lorenzini, Presencia de niño [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Juan Lorenzini, Presencia de niño [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile